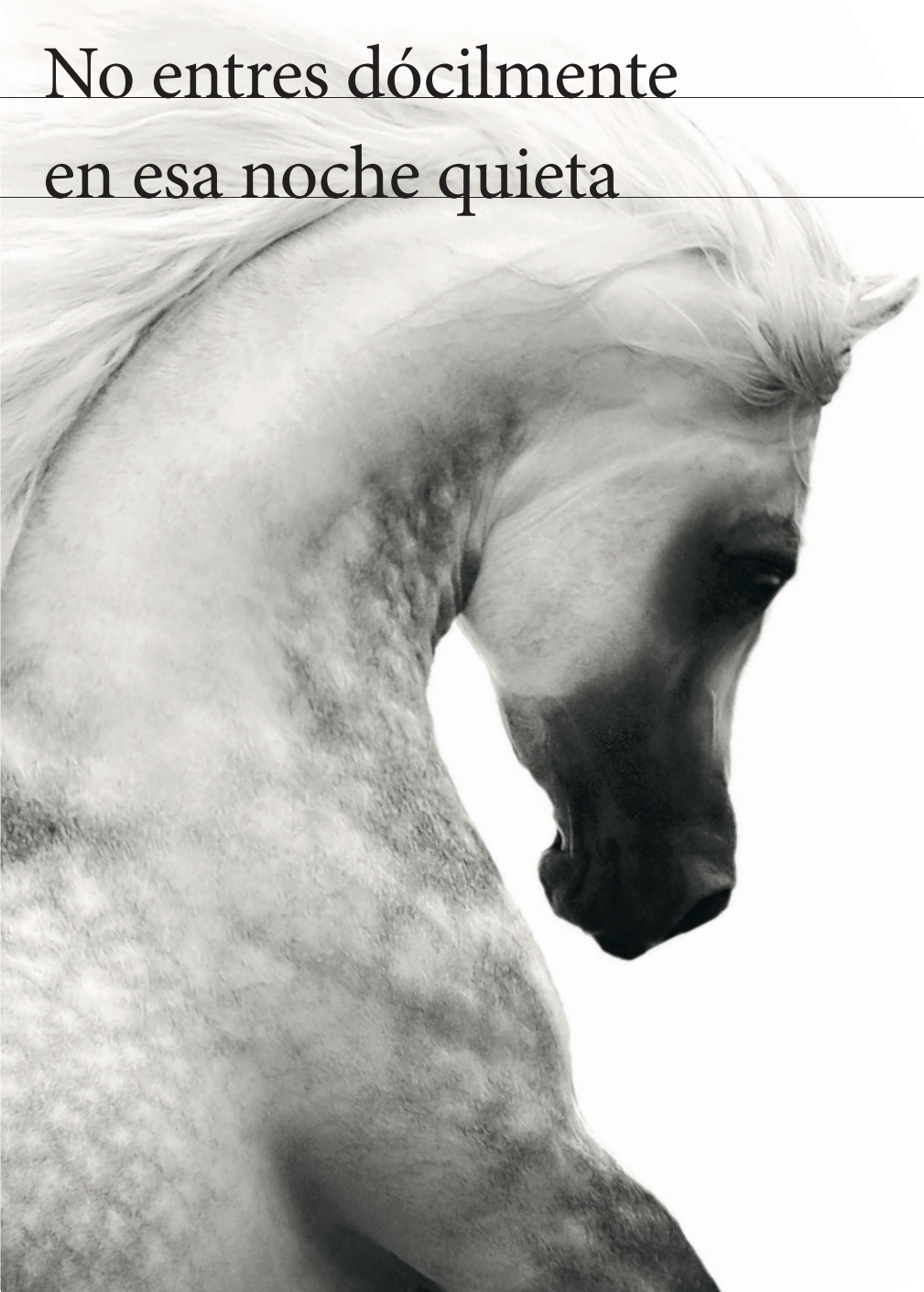




Seix Barral

Ricardo Menéndez Salmón

No entres dócilmente
en esa noche quieta





Seix Barral Biblioteca Breve

Ricardo Menéndez Salmón
No entres dócilmente
en esa noche quieta

© Ricardo Menéndez Salmón, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-322-3612-9

Depósito legal: B. 26.416-2019

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Mi padre falleció en la Unidad de Paliativos del Hospital de la Cruz Roja de Gijón durante la tarde del 12 de junio de 2015. Había cumplido setenta y dos años un día antes. Yo no estaba con él. Me había marchado de su lado poco después del mediodía, cuando mi madre llegó a darme el relevo en el cuidado de su agonía.

La última imagen que conservo de mi padre vivo es la de un hombre que hace un gesto repetido aunque ambiguo, tocarse el pecho con ambas manos, como si estuviera reconociendo una culpa o buscándose los latidos del corazón. Su mirada está fija en la única ventana que hay en la habitación. Y lo que esa mirada contempla es intrascendente, un paisaje alejado de cualquier epifanía en la hora del adiós. La muerte es aquí un asunto prosaico.

Lo sé porque me he acercado a ese vano y no hay nada tras él que merezca una segunda ojeada.

Tejados. Antenas. Un pedazo absurdo de cielo.

* * *

Tras la defunción de mi padre sentí que un tabú se derogaba. Al fin podría escribir sobre él, a propósito de su vida, acerca de sus logros y de sus fracasos. Siempre había querido hacerlo, pero un pudor obstinado, o la vergüenza de que mi padre pudiera leer lo que yo escribiera, hacía que una y otra vez ese momento se aplazase. Y sin embargo, incluso muerto, mi padre dictó una nueva moratoria.

Lo que yo creí posible tras su fallecimiento sólo comenzó a perfilarse dos años más tarde, cuando descubrí la anécdota del pintor Han Gan y la urgencia se precipitó.

Qué misterio representa la escritura, capaz de vincular lo más remoto con lo más íntimo, cascos de caballos irreales con el aliento de un padre moribundo.

* * *

La primera dificultad a la hora de escribir acerca de mi padre consistía en vencer la tentación de convertirlo en un personaje literario. ¿Cómo salvar ese obstáculo, si de algún modo está implícito en el enunciado de lo que hago? ¿Si, como escritor, se me suponen la perspicacia, el oficio y el talento para metabolizar la realidad y convertirla en esa rara entidad, la prosa, que reconfigura la materia prima de la que la vida está hecha? ¿Cómo aplicar al padre esa receta, semejante alquimia, sin hacer

de él una invención, un precipitado ficticio de lo que fue?

Éstas no eran preguntas retóricas, lamentaciones de escritor, sino cuestiones acuciantes, que se me manifestaban en su real, ominosa estatura. Porque aceptaba que, para escribir acerca del padre, *acerca del padre propio*, antes debía desaprender, olvidar lo que había leído *acerca de los padres ajenos*, ese acervo inmenso que la literatura ha venido segregando a propósito de un vínculo primordial. Ignorar al resto de padres para dialogar sólo con el mío. Discriminar lo que aprendí en los libros de lo que viví; lo que fue de otros de lo que fue mío. No proyectar sobre las ilusiones y derrotas propias los hallazgos y desastres ajenos.

A ello debía sumar otra dificultad, aún mayor si cabe. Tenía que ser *honesto*. Y ésa es una palabra que escuece y pronostica suplicios. La escritura, por lo común, está reñida con la honestidad. Lo sé por experiencia. Cuando he escrito acerca de mí, o acerca de aquellos que han sido decisivos en mi vida, he deformado la realidad, he aplicado unas gafas correctoras para no mostrar el paisaje en su verdadera circunstancia, sino a través del cristal de la escritura. Que ese cristal haya sido más o menos grueso no viene al caso. Lo importante es que el cristal *siempre ha existido*. Y yo, con ocasión de la muerte de mi padre en aquella habitación de la Unidad de Paliativos del Hospital de la Cruz Roja de Gijón, me había impuesto una honestidad radi-

cal. Si el tabú había caducado, si el velo se había alzado, sólo eran posibles la transparencia, el escalpelo, la objetividad sin aditivos.

De modo que no sólo había que despojarse de lo aprendido. Había que desprenderse de los artificios de la literatura. Para hablar del padre no bastaba con aspirar a *la verdad de las mentiras*, sino que debía cortejar a *la verdad de las verdades*. Había que encontrar el modo no sólo de diferenciar a mi padre de los distintos padres que la literatura había construido durante milenios, sino de referirse a ese padre sin reconocer en él los límites dictados por el decoro, la costumbre o la piedad, la suma de elementos que cualquier padre impone al hijo que decide escribir acerca de él. Es decir, había que procurar un doble movimiento, muy complejo y acaso imposible. Por una parte, arrojar por la borda lo aprendido con respecto a una relación capital, cancelar cuanto no tuviera que ver conmigo y con mi padre; por otra, contemplar a mi padre de un modo desapasionado, científico, forense, *precisamente como si mi padre no fuera mi padre*.

* * *

Cuando pienso en mi padre, la primera palabra que acude es *enfermedad*. Evoco a mi padre como una persona siempre enferma, desde que a los treinta y ocho años sufrió un infarto que marcaría el resto de su vida y la de su familia. Yo te-

nía entonces once años, pero los recuerdos previos a esa fecha se han borrado en lo que afecta a la figura paterna.

Soy consciente de haber tenido una infancia en la que mi padre gozaba de salud, pero su imagen en esos años resulta borrosa, pálida, apenas una conjetura. Si busco en aquella extensión de lo razonable, en aquel mundo ordenado, descubro que no hay nada. Hasta el punto de que, para ser consciente de que mi padre fue un hombre joven y sano, con expectativas, debo acudir a un puñado de fotografías que me lo muestran antes de la quiebra.

Mi padre conmigo, en el Muro de San Lorenzo de Gijón, vestido a la pavorosa moda de los años setenta, con su evidente parecido al actor francés Maurice Ronet, al que años más tarde descubriré en una de mis películas favoritas, *El fuego fatuo*, de Louis Malle. Mi padre con mi madre, en la ciudad alicantina de Elda, al poco de nacer yo, jóvenes y dichosos, la carcajada estallando en sus rostros para convertirlos en completos desconocidos. (Fuera de esa imagen nunca encontré semejante júbilo.) Mi padre enseñándome a andar en bicicleta, en la localidad cántabra de Navajeda, donde mis tíos abuelos poseían una finca en la que pasábamos parte de los veranos, dueño ya de una figura pesada, fruto de una vida sedentaria marcada por las jornadas de trabajo, alcohol, pésima alimentación.

Aunque estoy presente en dos de esas tres fotografías, aunque guardo recuerdos claros de mi

infancia en Gijón y en Navajeda, aunque incluso puedo reconstruir con precisión cómo era mi vida de niño entonces, qué intereses más o menos cambiantes animaban mis días, debo confesar que, salvo por la circunstancia de que me acompaña en esas fotografías, mi padre, su función en mis rutinas, es un vacío.

Surge así una paradoja que me ha robado el sueño muchas noches al haberla traducido a mi experiencia de padre con tres hijos: el hecho inquietante de que mi padre sólo penetra irremisiblemente en mi vida, con la fuerza de un tornado y la evidencia de una plaga, en el momento en que su salud se trastorna, su equilibrio se rompe y su existencia comienza un larguísimo naufragio que sólo llegará a las aguas abiertas de la muerte treinta y tres años más tarde.

* * *

Ciertos males son nodrizas dominantes. No sólo condicionan la vida del enfermo, para degradarlo y disminuirlo, sino que repercuten en las vidas que le rodean. La enfermedad de mi padre, su dolencia cardiaca, muy severa a una edad tan temprana, hizo que nuestra cotidianidad cayera bajo la constelación de significado del dolor, los cuidados, la dependencia. Mi padre se convirtió en un enfermo profesional; mi madre se transformó en una cuidadora a tiempo completo; yo padecí los rigo-

res de una casa donde se había instalado el miedo. Un miedo que se tradujo en una especie de renuncia a la vida, de temor ante actos antaño considerados vulgares y de pronto contemplados como excesos.

Los conversos son los creyentes más radicales e intransigentes. También los proselitistas más obstinados. Mi padre trasladó esa máxima teológica al espectro de la salud. Ello se tradujo en la conversión de la vida en un campo minado. El entorno se llenó de nombres de fármacos y complejas formas de dieta, del abstruso imperio de la medicina y sus oficiantes. Vivíamos bajo el aura de la enfermedad, en su solemne interregno, y cualquiera que pretendiera sacudir aquella atmósfera de recelo y sospecha se convertía en una presencia incómoda.

El enfermo aprende sin demora los beneficios de su estado. Y el cuidador, entre la resignación y el consuelo, acepta la importancia de su rango adquirido. Ser esposa puede resultar un fardo pesado; ser esposa de un enfermo inviste el cargo de una púrpura abnegada, socialmente grata. Pero nadie pregunta a los hijos. Al menos nadie preguntó al niño de once años que yo era qué se sentía al penetrar, por una puerta ancha y desolada, en aquella cárcel donde el cautivo se convertía en rey y la enfermedad justificaba tantos desmanes.

Buena parte de lo que soy, de lo que me ha determinado durante mi vida adulta, comenzó a for-

jarse en aquel año de 1982, cuando mi inocencia conoció un vocabulario vedado hasta entonces.

Perdí muchas cosas con la enfermedad de mi padre. Entre ellas, el derecho a ignorar la muerte hasta más adelante.

Esa angustia anticipada es algo que nunca he perdonado a mi familia.

* * *

He necesitado treinta años para comprender cómo la enfermedad de mi padre me convirtió en un enfermo. En un enfermo imaginario, quiero decir. Ese añadido, ese calificativo, es lo dramático.

Porque, salvo en muy puntuales ocasiones, yo he sido y soy una persona con una salud excelente aquejada de monstruosos padecimientos de índole psicosomática. El clima global de mi vida, su metáfora dominante, ha sido la enfermedad. Abducido por una mala salud ajena, esclavizado por un vademécum de prevenciones ante el hecho de estar vivo, culminé la infancia, superé la adolescencia, recorrí la juventud y penetré en la madurez escoltado por una hipocondría severa y una obsesión feroz por los avatares de mi salud. *La enfermedad ha sido mi destino. Mi país. Mi bandera.*

Ello me ha causado un daño profundo. Y no sólo a mí, sino a unas cuantas personas, mujeres sin excepción, que han debido lidiar con esa condición crítica que implica convivir con alguien pen-

diente hasta la exasperación de su cuerpo. Ésa ha sido mi condena y mi penitencia: no haber sido nunca capaz de olvidarme del cuerpo, haber convertido mi día a día en una reflexión punzante, tan ingenua como clínica, a propósito de los riesgos de habitar un cuerpo.

La enfermedad de mi padre ha operado a distancia, como la magia apotética. El brujo de la tribu escupe una maldición sobre un guijarro y un habitante del poblado experimenta un pinchazo en el vientre. Vivir bajo un clima de temor ha condicionado la relación con mi cuerpo de manera radical. Como si las dolencias de mi padre, por el mero hecho de existir, estuvieran al acecho, prestas a saltar sobre su nueva presa, mi disponible carnalidad. Como si yo sólo existiera para ser el renovado anfitrión de la enfermedad de mi padre.

Cuando pienso en la operación psicológica que este legado significa, me deslumbra su perversidad. Lo atroz de que haya sido plausible educar a un hijo en la convicción de que la enfermedad de su padre, que era el efecto (o eso se le hizo creer) de un conjunto de malas prácticas con respecto al propio cuerpo, pendía como una espada de Damocles sobre su heredero. Si el abuso de alcohol por parte del padre le había provocado daños hepáticos, el hijo debía pasar el resto de su vida bajo la perspectiva de padecer cirrosis en caso de beber. Un tabaquismo severo y constante (mi padre fue un fumador tenaz desde los catorce hasta los treinta y ocho

años) ha convertido cada cigarrillo que he fumado en un acto pecaminoso. Como en *La conciencia de Zeno*, me he jurado un millón de veces fumar mi último cigarrillo. Pero lo he hecho condicionado por la enfermedad cardiaca de mi padre. Hasta el punto de que asumir algo para mí innegable (que fumar me gusta) me ha procurado auténticos tormentos morales.

En el fondo, y esto es lo fatal del asunto, bajo estas disquisiciones respira la bestia más temible y voraz que el ser humano ha creado en siglos: la culpa.

Una culpa que, según el aberrante lamarckismo de mi familia, se hereda como un carácter adquirido.

* * *

Recuerdo la procesión de especialistas, el elenco de fármacos, las lánguidas sobremesas en las que se insinuaba el rastro del dolor. No hay lugar para robinsonadas en el horizonte de mis once años. Apenas sí un cúmulo de advertencias. La enfermedad es un tirano verbal. Monopoliza cada discusión, instaura un vocabulario que infecta cualquier discurso, coloniza las exigencias de los figurantes que acuden a su representación. Si en las cabinas de ascensor la tradición impone hablar del tiempo, en la casa del dolor una lógica del patetismo exige alimentar la enfermedad con cada palabra que

se pronuncia. Sedienta de nombres, la enfermedad pide ser calificada, aspira a su cohorte de matices, al despliegue inmoderado de una sintaxis apabullante.

Mientras busco un motivo que resuma lo que significa vivir en una familia donde la enfermedad ocupa el centro del ser y del deber ser, de la ética y de la estética, del presente y del futuro, se me ocurre que el agujero negro puede ser un candidato adecuado. En torno al agujero negro que fue la enfermedad del padre, el resto de objetos celestes acató que su destino común era ser devorados por esa presencia ineludible. Las tentativas de abandonar tan potente influjo cayeron bajo la férula del gigante cósmico. Si la enfermedad hubiera golpeado a mi padre durante mi mayoría de edad, en la edad del trabajo y de las responsabilidades propias, quizá yo hubiera podido escapar al vórtice y volar libre en mis círculos de aflicción y de regocijo, pero a los once años yo era demasiado débil y demasiado tierno para evadirme a semejante impronta. Mis posibilidades de eludir su fuerza estaban condenadas al fracaso.

Cuando echo la vista atrás y pienso en aquel tiempo, recuerdo los dos dormitorios de la casa familiar. En uno, vedado pero incitante, irradiando su hechizo oscuro y malévolos, mis padres pasaban la noche pendientes de un corazón herido y preparados como una falange entrenada en una perfecta disciplina. Mi madre, con el teléfono a su

lado, estaba siempre a punto para marcar cualquier número que garantizara una asistencia inmediata. Mi padre, rodeado de viáticos químicos, con una herida interior que era un organismo omnívoro, insaciado e insaciable, dormía los pueriles sueños de la farmacopea. Al fondo del pasillo, en su propia habitación, un niño de once, doce, trece, catorce años, en vez de abandonarse a la lectura, la masturbación o el aburrimiento, se tomaba el pulso, sentía que una febrícula pertinaz lo invadía, fatigaba enciclopedias médicas en las que rastrear las más conspicuas, letales e insólitas manifestaciones de la enfermedad. Su destino, decidido por otros, había hallado una vocación mefistofélica. En esa impostura perpetua, a la búsqueda de un síntoma o de un síndrome, atrapado en el cerco de la dolencia sin nombre, cada noche lo rendía una pesadilla.

* * *

Tras publicar una de sus obras mayores, *La gran marcha*, ambientada en la Guerra de Secesión, E. L. Doctorow sostuvo que lo importante no era el adjetivo *histórica* que la crítica había usado para definir su trabajo, sino el sustantivo *novela* que lo sostenía. Pero en mi experiencia el adjetivo *enfermo* acabó por canibalizar al sustantivo *padre*. No sólo lo sometió, sino que mostró una capacidad de irradiación tóxica, como un elemento químico que

al contacto con el oxígeno desarrollara un potencial mortífero y se convirtiera en origen de una peste. Igual que en *Stalker*, mi padre se convirtió en La Zona, un lugar en el que cierto principio incomprensible había sembrado las semillas de la corrupción. Turbados e impotentes, absorbidos por el poder de contagio de aquel vínculo, deambulábamos alrededor de su enfermedad como los protagonistas de la película de Tarkovski lo hacen en torno a un espacio secreto, elusivo, proteico, promisor y al tiempo espantoso. Sólo que nosotros carecíamos de un guía que nos protegiera de los peligros de La Zona y nos vinculara a su centro, ese punto en el que, como en el ojo del huracán, uno se halla a salvo de la destrucción.

El resultado fue que caí en todas las trampas y me perdí en cada uno de los laberintos que la enfermedad de mi padre había proyectado. Ningún arquitecto resulta más exquisito que un enfermo crónico. Ni siquiera el tiempo es capaz de expugnar su fortaleza.

Y cuando treinta y tres años más tarde traspasé el umbral de la habitación del secreto, penetré en el santuario de la tragedia y pude mirar a través de aquella ventana donde los ojos de mi padre contuvieron el mundo por última vez, descubrí que no había nada que justificara la expedición. Ningún deseo que cumplir. Ninguna expectativa que satisfacer. Nada a lo que aferrarse como a un símbolo de lo que significa sobrevivir. En el resumen pos-

trero, a solas en la casa de la muerte, el hombre y su enfermedad tendían a cero. El agujero negro se había girado como un guante para absorberse a sí mismo. Prenda incapaz de abrigar la carne, jirón de aire, pájaro sin rama, el cuerpo que iba perdiendo su calor era un sucinto despojo, el mascarón de proa arrojado por la marea a una playa vacía. Quedaba poner nombre a semejante naufragio. Una tarea colosal.

* * *

Al constatar el cortocircuito entre cuerpo y experiencia, al manifestarse como reveladora implacable de los aspectos mecánicos de la existencia, la enfermedad se expresa como una dictadura biológica.

Desde hace un mes, coincidiendo con el inicio de la redacción de este libro, padezco lumbalgia. Un día acarree un gran peso. Al intentar depositarlo en el suelo no flexioné las rodillas y algo en mi espalda se desgarró. Desde entonces estoy mermado, hasta cierto punto incapacitado en mi trato con las cosas. Tengo que escribir de pie. (Como recuerdo haber visto hacer a Philip Roth en una fotografía tomada en su casa de Connecticut.) No puedo coger a mi hijo pequeño en brazos. (Mis hijos mayores ya no buscan ese refugio hace años.) No puedo ordenar los nuevos libros que llegan a mi biblioteca. (Es el peaje a pagar por mantener un or-

den alfabético.) No puedo follar salvo si adopto ciertas posturas. (En realidad, *cierta postura*. El resto, por el momento, me están vedadas.)

Pienso en esta merma que me amarga desde hace ya un mes, calibro sus dimensiones, soy consciente de su falta de originalidad y reflexiono acerca de la angustia que debió experimentar mi padre ante su situación. Me pregunto cómo se sentiría en el rincón del cuadrilátero al que se había visto recluido. Como un *sparring* de la vida, sometido en el ángulo de los golpes, protegido del nocaut definitivo, aplazado *sine die* en su caso, pero expuesto a una paliza cotidiana: prohibiciones, píldoras, más prohibiciones. Un hombre con una especie de lumbalgia permanente, cuya invalidez extendió hasta convertirse a efectos prácticos en un convidado de piedra a los placeres de la vida y en un fenomenal narrador de la dolencia como virtud, peatón de un Gólgota al que ascendía no de forma ocasional, como yo hago mientras dura mi dolor de espalda, sino durante todos y cada uno de los días que ocuparon los últimos treinta y tres años de su vida.

Y trescientos sesenta y cinco días por treinta y tres años suman más de doce mil calvarios que recorrer, vueltas y vueltas al camino del sufrimiento, tantas suelas de zapato desgastadas.

* * *

Tiro de ese hilo de oro que logre hacer que un caballo cojee. Lo hago con todas mis fuerzas. Busco a mi padre a lo largo de los años, lo veo cambiar y, a la vez, lo veo permanecer fijo en su crisálida de dolor, como un insecto congelado en ámbar que grita: la boca abierta, una O pura de ira, sin lugar para el sarcasmo, sin coartadas para la risa o el placer. Y sin embargo las hubo. Tuvo que haberlas. Cómo, si no, resistir más de tres décadas sintiéndose disminuido, acortado, empequeñecido ante el mundo y ante el resto de los hombres.

Es doloroso asomarse a esa imagen de mi padre como un hombre jibarizado. No sé qué se sentirá al tener un padre violento, demente o célebre. Mi experiencia se reduce a la de ser hijo de un hombre enfermo. Y es esa evidencia la que me provee de una razón para escribir este libro. Un libro que se me ha impuesto, que no es fruto de la libre disposición de mi ánimo, de mi talento o de mi espíritu. Como escritor, siempre he ido en busca de mis libros, me he aproximado a ellos como un cazador lo hace a su presa. Pero este libro ha venido en mi búsqueda, se me ha acercado como un cortejador lo hace al objeto de su deseo. Este libro no es una deuda. No es una vindicación. Ni siquiera es una ofrenda. Este libro es una necesidad, una figura que debo esculpir, un mármol al que debo arrancar el esclavo que lleva en su interior para librarme de él de una vez y poder continuar adelante. Si la escritura tiene algún sentido ha de hallarse aquí, ahora, en la trayec-

toria que conduce desde una infancia secuestrada hasta un hombre que agoniza en una habitación sin flores, libros, risas de niños. Y por una vez no puede ser la ficción la que afronte esta carga, por una vez no puedo fiar a la imaginación, a la plasticidad de la novela o a la sagacidad del relato, el expediente que permita solventar este trámite. Esta vez ha de ser la experiencia propia, su decantación, el acarreo de la vieja, renovada agua del molino familiar, la que mueva la piedra del recuerdo y la fije en palabras. Esta vez se juega en un escenario distinto, para el que ninguna disciplina previa me ha preparado. Llego desnudo a este libro, como desnudo de esperanza entré en la habitación de la muerte el día 12 de junio del año 2015.

* * *

Es probable que treinta y tres años parezcan un mundo, pero lo cierto es que nunca hablé lo suficiente con mi padre acerca de su enfermedad. Es algo que no me perdono. Y que sucederá de nuevo entre mis hijos y yo a propósito de cualquier tema crucial que debamos tratar. No me hago ilusiones. Las conversaciones importantes no se tienen a tiempo. Eso es algo que sólo sucede en la literatura o en el cine. En la vida real, en la vida espantosa hecha de tedio, facturas y declive, en la vida gozosa hecha de momentos de júbilo, del misterio del mar y de la bondad de ciertos hombres y mu-

jeros, el silencio es la norma. Un silencio educado; un silencio castrante; un silencio que tarde o temprano acabamos por pagar.

Creo que para mi padre existía una vergüenza implícita en el hecho de haber sobrevivido a su enfermedad, en aferrarse a una vida menguada. Quizá por su cabeza pasó muchas veces la idea de cuánto más digno, cuánto más viril incluso, hubiera sido morir en la flor de la vida, abandonar a su esposa y a su hijo, dejarlos partir hacia una experiencia nueva, marcada por un dolor que sería intenso al inicio pero que pasaría, borrarse del recuerdo común, hurtar su presencia de hombre enfermo a ojos de quienes amaba y lo amaban. Cuando un hombre muere a los treinta y ocho años se convierte en un mundo de posibilidades. Quizá el término justo sea *hipótesis*. La muerte de mi padre a los treinta y ocho años habría hecho de él una hipótesis. Y las hipótesis, como saben los científicos, son hermosas, seductoras. *Las hipótesis son siempre jóvenes*. Pero el futuro de un hombre herido por el rayo de la enfermedad a los treinta y ocho años, prematura y fatalmente envejecido, contemplado ya no desde la óptica de las posibilidades de lo que podría haber sido, sino desde la constatación de las evidencias de lo que no podrá hacer, es un paisaje que posee algo de intolerable.

* * *